



SUMARIO

CARLOS MIRANDA

De parranda.

PEDRO DE RÉPIDE

Un inglés metódico.

UN PEQUEÑO REPORTER

De la semana picaresca.

EL CONFESONARIO

Artículo de **MANUEL DIONISIO**

ANGELITA EASO

Opiniones sobre el bigote.

PEDRO LUIS DE GÁLVEZ

La conquista.

MARIANO F. CONDE

Epigrama.

JOSÉ BRISSA

Un cuento rifeño.

FÉLIX RECIO

El pan de cada día...

FERNANDO AMADO

Justos por pecadores.

JACINTO CARMÍN

Nuestras cocotas.

EMILIO GABÁS

El ama.

TOVAR y ALFONSO

Caricaturas y retratos de Pastors Jim per lo, Adelina Ortiz, Manuel Dionisio y otros dibujos.



PASTORA IMPERIO

Último retrato de la gitanaza, gentil y artista,
mujer del Gallo,

que pasado mañana debutará en el teatro Romea.

5 cénts.



DE CÓMO Á LAS QUE SON SORDAS
LES SUELEN GUSTAR LAS GORDAS

(CUENTO VIEJO REMOZADO)

En el Ropero de Santa Crispina de Capadocia reuníanse por las tardes algunas damas piadosas, y—mientras se entretenían con su labor filantrópica de cortar y hacer refajos, enaguas, camisas y otras prendas interiores para las pobres de sus parroquias respectivas—ocupábanse también en hablar de modas, teatros, deportes, veladas, y, en fin, del *sin fin* de cosas de que cuando están reunidas suelen tratar las señoras.

Había entre aquellas damas «altruistas» una tan sorda como el marqués de Corvera; mas era tan vanidosa, y á un tiempo tan inocente, que—cuando hablaban las otras—con signos de inteligencia, sonrisitas picaronas y muestras de asentimiento, fingía comprender todas sus palabras... ¡como si ellas no supiesen que era sorda!

Cierta tarde de verano—según refieren las crónicas—pusiéronse á hablar de plantas y de flores las piadosas damas. Y decía una:

«Yo he comprado tres magnolias magníficas.» «Yo, unas dalias gigantes»—decía otra.—

«Yo, unos claveles enormes»—afirmaba otra señora.—

Y otra, en fin, dijo: «Yo tengo desde anteayer unas rosas en mi jardín que podrían llamarse, en verdad, ciclópeas.

Son realmente corpulentas, y de seguro no hay otras en todo Madrid tan grandes, ni en España, ni en Europa, porque sólo se producen así en Nueva Caledonia, de donde há poco las trajo mi primo para mí sola.»

Las oyentes (y no incluyo, como es lógico, á la sorda), no bien pronunció la dama la frase «para mí sola», sabiendo quién era *el primo*, miráronse unas á otras con intenciones que nada tenían de filantrópicas.

«El tallo tiene esta altura»—decía la vanidosa dama.—Y, poniendo una mano por encima de la otra, señalaba casi un metro de longitud. Las señoras abrieron tamaños ojos, especialmente la sorda.

«Pues las flores—añadía—vienen á ser de esta forma.» Y enseñaba los dos puños cerrados, el uno en contra del otro. Las circunstantes se sonreían hipócritas, y, sin hablar, se decían mutuamente: «¿Será tonta?»...

Y, al ver ambos ademanes, dijo de pronto la sorda: «¿Dónde vive ese coloso?» «Se ha mudao!», con estentórea voz le contestó la dueña de las fantásticas rosas.

Quedóse la interpelante corrida como una mona, y es fama que ya no ha vuelto desde aquel día la sorda por el Ropero de Santa Crispina de Capadocia...

Por la refundición,

Carlos Miranda

UN INGLÉS METÓDICO

o se puede ser amable en este bajo mundo.

Esto diría, seguramente, D. Dionisio Cumplido, modelo de hombres educados y espejo de caballeros urbanos y corteses. Era el tal esclavo del formulismo y protocolo en sus relaciones sociales. Acaso fué él quien cierto día, como recibiese un tremendo pisotón en un pie, y le fuesen presentadas excusas por el distraído, contestó, esforzándose por sonreírse mientras se sostenía en postura de grulla durmiente:

—Nada de eso, señor. Yo soy quien debe pedirle á usted perdón por haber puestó mi pie debajo del suyo.

D. Dionisio Cumplido tenía una mujer muy guapa. Estaba, como es natural, muy orgulloso de ella, y cuando se salía de paseo acompañándola, no daba abasto á saludar á diestro y siniestro, respondiendo con sonrisas y gestos amables á los piropos que se dirigían á su cónyuge. El hombre estaba muy bien educado, y lejos de incomodarse, creíase en el deber de manifestar agradecimiento por aquellas galanterías. Ahora bien; dicho sea en su honor, allá en el fondo de su alma no le hacían mucha gracia aquellas manifestaciones. Cumplido quería mucho á su hermosa señora, y su cortesía no llegaba hasta el punto de consentir á nadie ninguna libertad acerca de ella.

Un día, D. Dionisio Cumplido hizo un viaje. Como era natural, no había de dejar abandonada á su mujer en Madrid, y la llevaba en su compañía. Toda vigilancia era poca, y no consentía, por nada en este mundo, que su adorada mitad quedase sola expuesta á los peligros de los tres enemigos.

El tren iba á partir cuando llegaba á la estación el matrimonio, y entraron los espo-

sos precipitadamente en el andén, lleno de fardos de productos nacionales y de factores ocupados en distribuirlos. Cumplido y su mujer iban tropezando con todo, alterando el orden de los factores y de los productos, y como en su natural cortesía necesitaban disculparse á cada paso, estuvieron á punto



—¡Chica, qué gusto da con este profesor; ayer, en cinco minutos, me enseñó todas las combinaciones del LA-MI-DO.

—¡Pues á mí, y en menos tiempo, una más: las del RE-LA-MI-DO.

de quedarse en tierra, víctimas de su buena educación.

Acomodáronse en el primer departamento que tuvieron á su alcance, saludando muy finamente á los compañeros de viaje ya instalados en el interior del vagón, quienes, por cierto, no se cuidaron de contestar á tan finas y delicadas demostraciones. Eran los otros viajeros un inglés coloradote y serio, que hojeaba atentamente la guía de ferrocarriles, y un respetable sacerdote que leía con ne-

menos atención el último número de LA HOJA DE PARRA.

Púsose el tren en marcha, y el presbítero descendió en un pueblo cercano, á donde iba encargado de cierto sermón y de dirigir unos ejercicios espirituales.

Quedaron solos el matrimonio y el inglés, que para nada se fijaba en sus colegas de viaje. Cumplido y su mujer, creyendo que pecaban de desconsiderados si no entablaban conversación con el hombre británico, no hacían sino buscar motivo para ello.

Cumplido sacó, por fin, su petaca, y, diri-

OBSERVANDO Á LA CRIADA



—¡Qué cosa tan rara! ¡No están tan rizados como los del cogote!

giéndose al inglés, le ofreció un cigarro. El hombre de Albión hizo un gesto negativo, contestando:

—¡Oh, yo no fumo nunca en viaje! Cuando lleguemos al hotel.

Pasó un rato. El inglés continuaba impertinente. Cumplido y su mujer, bajando de la redecilla una cesta repleta de sabrosas viandas, dispusieron á comer. Pero no podían hacerlo sin ofrecer antes al compañero de viaje una parte en su festín, y el marido, escogiendo algo sabroso, presentóle un su-

culentísimo muslo de pollo. ¿Había de negarse á ello?

Pues, sí señor. Negóse, replicando:

—En viaje, nunca. Cuando lleguemos al hotel.

¡Qué hombre tan desesperante! ¿Consentiría en beber? Sin duda alguna. ¡Esos ingleses son tan borrachos! Y Cumplido, descorchando una botella de Jerez, ofreció al imperturbable el primer vaso que escanció.

Y el inglés, con el mismo gesto:

—En viaje, nunca. Cuando lleguemos al hotel.

Cumplido estaba desconcertado y descorazonado. Háblale ofrecido de fumar, de comer y de beber, y á todo se negaba. ¿Qué le agradaba, pues, á aquel señor?

De pronto la mujer tuvo una idea.

—Creo que has obrado incorrectamente desde un principio. Estos ingleses no pasan por movimiento mal hecho. Estás hablando con él y no me has presentado todavía. Eso le cohíbe.

—¡Tienes razón!—exclamó Cumplido.—Vamos á subsanar el error.

Y cogiendo del brazo á su mujer, levantóse, llégóse hasta donde el inglés se hallaba, que era en el otro extremo del departamento, y con gesto afable y sonriente, comenzó así, mientras señalaba á su mujer:

—Permítame, usted, señor, que le presente...

El inglés no le dejó seguir. Con la misma frialdad de siempre, repitió su única contestación:

—¡Oh, en viaje, nunca! Cuando lleguemos al hotel.

Pedro de Répide.

SUCEDIDOS...

La linda Paulina se encuentra en su alcoba nupcial con el que desde hace pocas horas es su esposo. Este, tembloroso de amor y deseo, la besa apasionadamente y muestra una prisa nada discreta por desnudar á su joven y tierna costia la.

—Pero, hombre, ten calma... Nunca te vi tan agitado.

—Perdona, Paulinita... El amor me ciega, me arrebata, es más fuerte que mi voluntad y me arrastra á todas las violencias.

A lo que contesta Paulina levantando los ojos al cielo:

—¡Qué le vamos á hacer! ¡Todos los hombres sois iguales!

DE LA SEMANA PICARESCA

(NOTAS DE MI CARNET)

*La primavera
la sangre altera.*



XUBERANTE y fogosa se nos echó encima la primavera, dejándonos sorprendidos, porque venía extremadamente caliente la juvenil estación. Tal fué la impresión que nos produjo, que, á poco, enardecidos por tan súbito cambio, estuvimos muy á punto de quedarnos en calzoncillos, porque apretaba el calor de un modo alarmante. Fortuna fué que á seguida del calentón nos vino una lluvia benéfica que templó los ardorosos temperamentos.

Y es lógico que así ocurriese, porque, ¿qué menos puede pasarle á uno que mojarse cuando sin esperarlo se le echa encima tanta fogosidad y exuberancia?

Pero sea por sus pasos contados ó de manera inesperada, lo cierto es que ya l'egó la tan ansiada primavera, y que la savia, lo mismo la animal que la de los vegetales, cumple la importantísima función que le tiene encomendada la no menos sabia Naturaleza.

¡Hermosa función la que realiza la primavera! Vivificar, enardecer, dar vigor, hacer que la vida, llímese savia ó llámese sangre, suba por todos los troncos, se reparta por todas las venas y dé alegría y juventud.

Cuando llega este tiempo, los hombres vamos por esas calles que venteamos; todas las mujeres nos parecen hermosas, atraentes, sugestivas y abracadabrantes. Bien es cierto que á las mujeres les pasa tres perros chicos de lo mismo, y tengo la seguridad de que Barroso les parece gentil, sugestivo Weyler y arrebatador La Cierva. Algunos habrá que por una gafa del bigote de Amós Salvador darían toda su felicidad. ¡Las cosas que ellas iban á hacer con esa gafa!...

No tienen ustedes más que fijarse en cómo miran desde hace unos días que empezó á hacer sus efectos el cosquilleo primaveral. Y obsérvese que son las ja monas las que más extreman el ataque. *A ja que consiguen sacar á uno de sus casillas y se acaba porque casi ya no puede resistirlas y se entrega.*

Así resulta que esta semana, que debía de ser de recogimiento y abstención de todo lo material, entre la estrechez de vestidos femeninos, las atraentes mantillas y las sugestivas miradas, no hay quien guarde la vigilia... aunque se trate de un agente de *vigilia-ncia*.

Lo que es guapas, ¡vaya si iban preciosas y desafiadoras! Yo he visto una serie de ellas

que eran como para hacer que el propio doctor Maestre dejase de tomar en *serie* eso de la penetración más ó menos pacífica del Rif y de quitarle la dispepsia á Villanueva, á pesar de que no *dispepia* á los empleados de su Ministerio que chupen del bote nacional por más de un concepto.

Y eso ahora, que nos hemos pasado mes y medio entregados al potaje y haciendo locuras con el bacalao; ¡imagínate, job, amable

M. Uta



—No te apures, mujer, eso es un chisme.

—¡Ay, sí!... Me ha llegado demasiado a dentón y me ha hecho mucho daño...

lector! lo que pasará desde hoy que tendremos derecho á entrar á saco en la carne fresca! Y tanto más, si, como se dice, la moda de esta primavera va á ser mucho más plástica que la que hasta aquí veníamos disfrutando. Yo no sé adonde van á llegar en sus audacias provocativas los modistos y las modistas, pero desde luego pueden contar con mi aplauso. Soy tan modesto en mis aspiraciones, que no me enfadaría verlas, como vulgarmente se dice, con un trapo atrás y otro adelante. Y aún llegaba en mi conformidad á la permuta de uno de esos trapos.

Y sí miento... ¡que Alá no me *permutaverto*!

Un pequeño reporter.



El confesionario

MANUEL DIONISIO

O, la verdad, mi querido amigo, estoy muy azorado ante la pregunta de usted. Mis amores... ¿Quién no ha tenido amores en esta *pajolera* vida?

Si no fuera por los amores habría para suicidarse.

No me refiero, ¡la Virgen de la Macarena me libre!, á esos amores que no dejan sino *z*margura en los labios y dolor, mucho dolor en el corazón. Sino á esos otros que hacen restallar la risa en los labios, alegres como el ruido de los locos cascabeles.

Pero, verá usted; yo he tenido amores, muchos amores.

Amores en los que más que protagonista he sido triste espectador. Amores endiablados de perversión y lujuria, amores azules de ensueño y poesía. Y amores también de tragedia y celos.

De chiquitín, mis buenos padres trataron de educarme bien y á mi maestro le aconsejaban que me enseñara muchas cosas, sobre todo Gramática; pero, ¡ay!, sólo pude con los verbos regulares, y entonces aprendí en teoría uno de los más regulares: el verbo *amar*. Amé, amo y amaré.

Dirá usted que me porgo en *romántico*, y se equivoca. Los amores míos más intensos fueron aquellos en que no intervine directamente. Me explicaré. Hace ya algunos años. Yo, aún no había toreado ante el respetable público; ¡qué ansias tenía por dejarme ver! Y mire usted por donde fui á parar á Barcelona y un señor me contrató para torear en aquella plaza!

No conocía á nadie en la Ciudad Condal, pero apenas puse el pie en el andén del apeadero de Gracia, me doy un pechugón con el húsar más simpático y pinturero que ha habido en nuestro Ejército: Manolito M. . .

— ¡Manoliyo, tú por aquí!

— Caya, tocayo, y vente conmigo.

Y dicho y dicho... Montamos en un coche estuendo y fuimos á parar á una casa mejor que la de un obispo.

Pero, ¡ay!, todo *z*quel lujo tenía mucho de falso. Los muebles eran soberbios, y el servicio inmejorable; lo único malo era que el húsar no tenía un real y que su buen padre estaba ya hasta el copete de pagar deudas y caprichos.

Por el temor de *z*gostarme yo también los parrneses, lo primero que hice fué mercarme un traje de luces deslumpanante. Tan lujoso era y pesado que parecía fabricado con calderilla.

Después me dediqué á buscar banderilleros, y tuve tanta suerte que el mismo día *z*cacé á dos infelices en la Rambla, y ¡riase usted del *Ostión* y del *Sordo*!

Elles, al principio, no se atrevían á debutar;



MANUEL DIONISIO

Se doctoró en Vista-Alegre el domingo último.

pero cuando me vieron en casa del señorito *cañil* tirándole derrotes, pasando de muleta y atizándole *estocós* á una mecedora, se quedaron extáticos y me dijeron que tenía más facultades que el *Tremendo*.

Mi buen amigo el militar, aunque no tenía dos gordas y estaba hasta la nuez, decidió echar la casa por la ventana el día de la corrida y encargó una comida la mar de suculenta, poniendo en ella, para darme gusto á mí, un plato de cordero con guisantes que quitaba el hipo. ¡Caballeros, como me puse de cordero.

Aún no había hecho la digestión cuando salimos en un automóvil chiquitín; pero que con tanto humo como echaba, parecía una pipa culotada en dirección de la plaza.

La salida fué triunfal. Todas las vecinas de la casa me aguardaban en la escalera para echarme flores. Una se entusiasmó tanto, que al arrancarse un clavel que llevaba en la cabeza, me tiró un añadido.

En la plaza estuve colosal, y mejor hubiésemos estado, á no ser por la desgracia de que más tiempo me lo pasé en el aire que en el ruedo.

Lo más grave fué que el *guasono* de Manolito, el húsar, me decía: «Calla *salao*, que lo que ha te hecho daño no ha sido el toro, si no el cordero con guisantes!»

Pero todo pasó. Y de los sinsabres de la *primera corrida*, me indemnizaron las dulzuras de una cupletista, la *Morenita*, que me hizo olvidar los achuchones de los bichos.

Después he toreado mucho, me he hecho más torero, y en las lidias con bureles y señoras he aprendido á dar quiebros y largas.

Pero... ¡aquella corrida y aquellas flores y aquellos puros de chiquillos *bchemios*, no los olvidaré en mi vida!

Manuel Dioniso.



Los hombres ¿deben usar bigote ó barba ó bien deben afeitarse completamente?

Desde luego me declaro partidaria del bigote. Confieso que siento una gran debilidad por los hombres que lo llevan cuidadito, muy rizado y un poco á lo Kaiser. En cambio los que usan barba me resultan sencilla-

mente inadmisibles y los que se afeitan por completo me parecen amiguitas de la infancia.

En cierta ocasión tenía yo un novio que gastaba un bigote precioso. Y un día se le ocurrió afeitárselo. Todavía me indigno al recordarlo. ¡Parecía un sacristán de pueblo el día de la fiesta mayor! Tuve que romper con él porque á cada momento le estaba confundiendo con la doncella.

Mi voto, repito, es favorable al bigote. Lo consigno así, aunque cause la desesperación de un amigo de LA HOJA DE PARRA, que anda estos días muy preocupado con la *enqua*, porque, según dice, no quiere dejarse el bigote.

Aunque yo opino que la causa de su desesperación es que no lo tiene.

ANGELITA EASO.

LA LOCA FORTUNA



—Qué suerté tiés, Ufrasio. ¿Qué haces pa que toas te merquemos á tí la leche?

—Que la tengo gorda. ¡Mia, ésta, ahora!

LA CONQUISTA

(HISTORIA QUE PARECE CUENTO)



LUISITO había heredado de sus padres un apellido ilustre y unos miles de duros, no muchos, que tiró en poco más de seis meses, llegando á Madrid con tan reducido numerario, que hubo de instalarse en una casa de huéspedes de quinto orden, calle de la Abada, esquina á la plaza del Carmen. Eran

na vez se le vió descender por la calle de Alcalá, cuando el *rubicundo Apolo* asomaba su carátula de fuego sobre la villa del oso y la higuera, aunque el Ayuntamiento de la Corte se empeñe en hacernos creer que del madroño.

Había debutado en el Japonés una artista, cuyo nombre debe callarse aquí, para no «señalar» demasiado, y los respetabilísimos señores habituales del instructivo centro andaban cariacontecidos y furiosos porque «la Tal» pedía, ¡qué sé yo!, una fortuna. En aquella sazón, y ahora, que yo sepa, Luisito no tenía ni una sola «gorda»; pero sí poseía copiosísimo caudal de ingenio, con lo que pensó comprar la hermosura de la artista, tan luego como le fuera presentada por cierto señor su amigo, que había ocupado la cartera de Hacienda y disfrutaba de una senaduría vitalicia.

—Le digo á usted que no, mi querido Luisito—hablaba el senador, lanzando una bocanada de humo oloroso de diez reales.

—Ya lo verá usted—respondió Luis convencido.—Usted me la presental...

—¡Magras!—gritó el senador con voz de trueno.

Y no hubo más. Pero de allí á poco surgió sobre el tablado la codiciada artista, y Luisito volvió á insistir.

—Preséntemela usted, y después hablaremos...

—Con una sola condición.

—¿Cuál?

—La de que va apostada una cena.

—Perfectamente.

Luisito, que era un vivales, con toda su reata de apellidos sonoros, trató á la artista, desde el primer momento, con una galantería exquisita, marca francesa. Porque ha de saberse que la «etoile» era nacida más allá de los Pirineos. Y aquella noche misma, sin esperar á otros preámbulos, tratos ó contratos, cuando terminó la representación, la invitó Luis á cenar, lo que ella aceptó complacida, teniendo al muchacho por hombre adinerado y que mientes no paraba en billetejo de más ó de menos. Rematada la cena, dijo Luis, como la cosa más natural del mundo:

—¿Vamos á tu casa ó á dónde?

—Me es igual. Donde tú quieras, mi pequeño.

Y partieron. Durante la noche, mejor será

REFRAN EN ACCIÓN



—¡AQUELLOS !

los días aquellos en que al Japonés, heraldo en Madrid de la sicalipsis, acudía lo más granadito de nuestra fauna, y Luisito no podía faltar á centro tan instructivo y edificante como aquél. Todas las tardes iba á ocupar la misma mesa, en la que permanecía hasta que cerraban el establecimiento, y aun solía detenerse más de la cuenta, puesto que algu-

decir durante la madrugada, habló la artista, con repetidas «veladuras», tal que un pintor veneciano, de sus apurillos en Madrid: un viaje desde Viena, por su cuenta y riesgo; unos «créditos» del Monte de Piedad; un amiguito olvidado en Francia, que escribía cartas lastimeras; y los apellidos de Luis, á todo esto; repetían, con un gesto de gran duque:

—¡Psch! No vale la pena.

Ya bien entrada la mañana, se despidió Luis de la «etoile», diciéndole:

—Hasta las tres, mi querida amiguita.

Y con este sésamo de «las tres», que es la hora en que las cocotas francesas citan á sus amigas para tomar el té y hacer la presentación de sus amantes, se despidió Luis.

El «lector avisado» supondrá que Luisito no acudió á la cita. Mas cuando aquella noche la deseada y celebradísima artista llegó al Japonés, encontró al bulador osado en la mesa de costumbre, acompañado del senador. Al verlo se fué á él, como una flecha, gritando:

—¡Cochino! ¡Indecente! ¡Mal caballero!

Luis guardó silencio. Luego, tomando de su cartera una carta apócrifa de su administrador, citándole, precisamente á las tres, para «arreglar cuentas», la mostró á la artista.

—¡Oh, perdón!—dijo la «etoile», después que hubo leído.

Pero Luis no respondió. Sacó dos duros del bolsillo del pantalón, y ofreciéndolos á la arrepentida:

—Con una mujer que ha hecho lo que tú—dijo—, no es posible corresponder de otra suerte.

Ella tiró al suelo las monedas. Las recogió Luis, llamó al camarero, y dándoselas, advirtió:

—Toma, Ciriaco, te los regala esta señorita.

Pedro Luis de Gálvez.



EPIGRAMA

Con su bella esposa, Lina,
vive don Cosme dichoso.
Tiene un huésped, Sinforoso,
y una criada, Catalina.

Mas no falta quien opina,
al ver, cual cosa probada,
la confianza extremada
que allí Sinforoso tiene,
que al huésped mejor conviene
el nombre de la criada.

Mariano F. Conde.

UN CUENTO RIFEÑO



PERICO Melindrera había oído hablar tanto, y tanto había leído y con tal ponderación de la nueva Jauja española, el Rif, que decidió levantar su «tabernáculo» madrileño y marchar para allá á probar fortuna, es decir, á probar, no, á enriquecerse en aquel paraíso terrenal moderno.

Estaba Perico en la flor de sus años. No tenía ni treinta ni cuarenta años; guapo, ga-



—Ella.—¡Qué bruto!... ¡Cómo la mete este hombre!

lante, terne con las mujeres, por las que se perecha, y con alientos para rendir á todas las huries del Profeta, envainó en su cartera un buen puñado de billetes de Banco, se caló su chapeo cordobés, y liado en su pañosa verde con trencillas partió para el Africa española.

Cuando llegó Perico al Rif, aún no se habían repartido los terrenos conquistados entre los bravos soldaditos que los habían rega-

do con su sangre; pero ya faltaba poco: unos cuantos artículos más del doctor Maestre, y aquella Jauja quedaría convertida en el granero de España.

—Entre tanto hay que espabilarse—pensó Perico, echando triste mirada por aquellos peñascales desolados.

Pero á lo hecho, pecho. En pocos días levantó el ex tabernero una modesta cantina en Ejem-Ejem, cerca del zoco de Sipi Nopi, y esperó los acontecimientos con las manos en los bolsillos.

A los pocos días vió que el negocio no le

mada de los Alf-Olf, y estaba casada con Mohamed Chufa-ben-Huason.

No podía negarse que Saida había salido á su difunta madre por lo de tirarla los cristianos, pues también la pobre señora se debilitaba por ellos hasta el punto de fugarse con un francés cojo que la abandonó en Marsella.

Mas la fragil Saida no tuvo necesidad de huir á ninguna parte para gozar las delicias del amor con el apuesto cantinero.

Siempre que podía la bella agarena hacía una escapatoria á la cantina, donde Perico la esperaba con los brazos abiertos.

Aquella mujer le enloquecía, como decía él, por un sin fin de razones.

La primera, porque era la mujer de otro; y por no enumerarlas todas, señalaremos como más importantes las bien pronunciadas curvas de la consorte del Chufa ben Huason, que eran de lo más apañadito y succulento que se daba por tierra mora.

Un pequeño defecto tenía la rifeña Estaba regañada con el agua clara, y es ocioso decir que el jabón no lo conocía ni de nombre.

Sin embargo, el cantinero Perico, magnánimo y buen filósofo, pasaba por alto este defectillo que la presentaba á sus ojos más al natural y apetitosa, rebozada á veces en su propia salsa, como quien dice.

Perico, ¡ay!, que ningún idilio es eterno.

La rolliza Saida, por complacer á su amante, estaba aprendiendo el baile del

vientre, y recibía lecciones, con permiso de su marido, el Chufa ben Huason, de una bayadera vieja, ex odalisca del cocinero del Sultán.

Este baile, en el Rif, se baila en cueros vivos, dicho sea con perdón, y la carnosa Saida se hallaba ensayándole en el traje apropiado, cuando su celoso Chufa se presentó de improviso.

El buen moro recibió una impresión desampañante al ver á su cara costilla en tan apetitosas circunstancias, y ya iba á secundar el molinete, cuando notó que Saida llevaba colgante del cuello un precioso meda-



—Mire usted, señor Luis, yo estoy cansado. A usted se le enderezará el negocio, no bebiendo; á mi, como dice mi mujer, ni con vino ni sin él, se me endereza ya.

daría para enriquecerse; pero no valía volverse atrás, y menos en tierra de moros, y para compensar su aburrimiento y su mala estrella, decidióse á hacer una conquista pacífica en la persona de la primera rifeña aceptable que Alá le deparase.

No tardó en presentarse la ocasión en forma de musulmana pechugona, que pronto hizo cara al perro cristiano.

Conoció á la tal en el zoco de Ris-Ras y habitaba en el poblado Tmzlan, al otro lado del Kert, conforme se va á mano derecha.

Llamábase Saida; era hija de Sidi-Abd-el-Kerim Ben Chirumen, jefe de la kábila nó-

lloncito de plata que brincaba entre los dos robustísimos senos al compás del imaginario bailable.

El medalloncito ostentaba un retratillo del cantinero.

—¿Qué es esto?—rugió el moro arrancándola la baratija de un tirón.

Saida quiso echar los brazos al cuello de su esposo, pero éste la rechazó iracundo.

—Eres una golfa—gritó.

(Hay que advertir que la palabra golfa está ya muy extendida en el Rif.)

Y después de dar á Saida cuatro magníficas patadas en las abundantes nalgas, ordenó:

—¡Escribel

En un trozo de papel escribió al dictado:

«Querido Perico: Ven esta noche, aprovechando la ausencia de mi marido.—Saida.»

La pobre mora temblaba.

—¿Le vas á matar?—atrevióse á preguntar.

—No le mataré—repuso el Chufa—; pero ya sabes nuestra ley: «Ojo por ojo, diente por diente.»

Saida se cubrió el rostro con las manos para ocultar su pena y su rubor.

Cuatro meses después de este trágico episodio conocí á Perico «el Cantinero» en una de mis excursiones por el Rif.

Era de dominio público su aventura con el moro, y como él no se recataba de bromear sobre ello, le hice charlar acerca de lo más escabroso.

Me lo contó con todos sus pelos y señales, y luego agregó, á modo de estrambote:

—Y crea usted que el morazo se aprovechó bien de la encerrona que me había buscado con la cita de su guapetona mujer.

—¿Y no habrá usted vuelto á poner los pies en casa de Saida?—le pregunté.

—¿Qué no? ¡Vaya si he vuelto! Pero ahora, créame usted, ya no sé si voy por ella... ¡o por él!

Y Perico «el Cantinero» dió al aire el más amoroso de sus suspiros.

José Brissa.

EL PAN DE CADA DÍA...

En una panadería entró Juan el otro día, y á la dueña Salomé, por no estar el dependiente, le dijo:—Démelo usted, si lo tiene usted caliente.

Félix Recio.

JUSTOS POR PECADORES



El matrimonio Pérez vivía dichoso; él ganaba cuarenta duros en su oficina; ella era una mujercita limpia, hacendosa, que sabía volver sus trajes del revés y hacer que los sombreros le durasen dos y tres temporadas. No tenían hijos. Por las noches los esposos se abrazaban estrechamente, seguros de no poder aspirar, en este mundo miserable, á una felicidad mayor.

¡Y, véase cómo el diablo estuvo á punto de echarlo todo á perder!



—¿Sabes que voy á debutar en el Triángulo?
—Pues me alegraré que te ovaclonen.
—No, hijito, no; lo que me convendrá es que se metan conmigo...

Pérez cometió la imprudencia de llevar á su casa á Policarpo R, un muchacho extremeño, compañero suyo de oficina, que punteaba la guitarra muy bien. Policarpo advirtió, desde el primer momento, las pomposas carnosidades que exornaban el seno y las caderas de Gertrudis; y ésta también creyó descubrir en el mozo cualidades de carácter y agudezas de ingenio de que Pérez nunca fué capaz. Y, lentamente, tras las miradas expresivas, vinieron los apretones de manos elocuentes, y los pellizcos, no menos habladores: y aquello de «usted era la mujer que yo

EL CULTO A LA HIGIENE



ELLA (llamando) — ¡Celestina, Celestina!, Trágame en seguida una copa de agua.

buscaba», y usted «el hombre de mis sueños...» y demás lugares comunes y frases de tramoya con que los solteros viciosos y las mujeres mal casadas se complacen en poner en ridículo á los pobres maridos.

Total:

Que una tarde, después del almuerzo, Gertrudis y Policarpo se vieron por primera vez, á solas, en la plaza de Bilbao.

—¿Dónde vamos?—preguntó él con ese espíritu práctico que los hombres menos avisados descubren en tales ocasiones.

—Donde tú quieras.

—¡Oh, bien mío! Te adoro...

—Yo también languidezco de amor por ti. En aquel idílico momento pasaba un co-

cbe, un «pobre coche», con el «alquila» levantado. Los dos enamorados subieron á él.

—Lévanos por donde quieras—dijo Policarpo al auriga—; pero ve al paso.

El cochero obedeció; Gertrudis, medrosica y prudente, bajó las cortinillas; en la penumbra azulina del vehículo, los labios de la joven y los del dichoso gatán tropezaron.

De repente el coche se detuvo y su conductor, saltando ágilmente del pescante, abrió una de las portezuelas. Su cara, bronceada por la intemperie, era la de un energúmeno.

—¡Usted—gritó—es un Tal, y la mujer que le acompaña, una Cual... muy grande!

Acudieron varios guardias, quienes, poniéndose de parte del cochero, quisieron detener á los promovedores del escándalo.

—Eso es imposible—repuso Policarpo;—nosotros no debemos ir á la Delegación. Aquí no ha sucedido nada; además, esta señora es mi mujer. Ahora bien; si quieren ustedes presentar alguna denuncia contra mí, ahí va mi tarjeta.

Echó mano á la cartera y comenzó á registrarla sin saber aún fijamente cómo salir de tan enredada situación.

De pronto sus dedos tropezaron con una tarjeta de Pérez. ¡Siempre las tarjetas malditas!

—Ahí van mis señas—agregó—: «Federico Pérez. Empleado. Calle de...»

El acento firme y la orgullosa actitud del mozo convencieron á los guardias que, algo amansados, le dejaron marchar.

Dos días después, Federico Pérez recibía una citación, donde se le ordenaba presentarse en la Delegación del distrito por «ataques á la moral».

Pérez, el infeliz, palideció y quedóse como quien ve visiones. Gertrudis, que ya tenía bien estudiado su papel, comenzó á llorar y á cubrirle de insultos.

—¡Ah, miserablón! De modo que, mientras yo estoy metidita en casa y cuidando de no malgastar una peseta, tú andas por ahí riñendo y con mujerzuelas de mala vida.

Pérez, que casualmente por aquellos días había cometido uno de esos pecadillos en que incurren hasta los hombres más fieles, creyéndose descubierto, cayó de hinojos á los pies de su esposa.

—¡Perdóname!—baluceaba—; sí, tienes razón; soy un miserable...

Reconoce conmigo, lector, que en esa larga cuerda social de la que todos formamos parte, los pobres maridos se quedaron «con lo más delgado.»

Fernando Amado

EL ASCENSO DEL CABO



L cabo Fermín es un granujón, gaitero y simpático, que trae revueltas á las más lindas cocineras y fregatrices del barrio de Argüelles. Y como él sabe que mujeres compasivas, de esas que dan á sus amados dinero para tabaco y café, no han de faltarle, no se encariña con ninguna y anda mosconeando de aquí para allá, hiriendo corazones y llevándose en cada boca los mejores besos.

La buena suerte sigue protegiendo á Fermín con mano generosa. Prueba de ello, el lance en que acaba de verse preso y del que ha escapado con más gallardía y mejor pagado de lo que nunca su orgullo y juvenil vanidad hubieran podido prever.

Ultimamente, Fermín estaba en relaciones con una cocinera de veintidós años, llamada Isabel: sanguínea, apretada de carnes y cuyas faldas almidonadas y crujientes dejaban tras sí un fresco olor á limpio. Fermín iba á verla por las noches, después de cerrada la portería; subía la escalera de puntillas y á tientas, Isabel, que estaba oído avizor, le abría la puerta de su casa; que no era manco, se aferraba codiciosamente al tallo de la muchacha... y no sigo porque la prudencia aconseja hacer punto final aquí.

Hace pocas noches que los ámos de Isabel volvieron del teatro más temprano que otras veces y antes de que el desdichado militar se hubiese marchado. En la turbación de la moza advinó D. Anselmo que había «gato encerrado».

—¿Dónde estabas?—preguntó con voz tonante.

—Ella repuso, vergonzosa y temblando:

—Estaba... cosiendo, señor.

—¿Y para coser necesitas despeinarte de ese modo y venir á recibirnos con el corpiño á medio abrochar?... Ahora saldremos de dudas.

D. Anselmo, seguido de su mujer, dirigióse á la cocina, empujó la puerta de la despensa y... ¡allí estaba Fermín!, de pie y haciendo girar entre sus manos trémulas su gorrilla de cuartel.

—¿Qué viene usted á hacer aquí?—gritó el dueño de la casa.

No cabía mentir.

El galán, compre ndiéndolo, prefirió res-

CHAMBERI, POR FUENCARRAL



La viajera.—Pensé que le iba haciendo daño en una pierna
El viajero.—No, no, señora; la llevo bien puesta.

ponder francamente y hasta con desvergonzada desenvoltura:

—Pues... ya lo adivina usted, caballero. ¡Lo que es natural! A pellizcar á Isabel.

—Perfectamente. Puede usted marcharse. Mañana sabrán sus jefes que en vez de pasarse las noches en el cuartel, cumpliendo su obligación, anda usted por ahí, de zoco en colodro, seduciendo criadas. Retírese usted.

• Mientras esto sucedía, Margarita, la espo-

sa de D. Anselmo, que es muy guapa y por cuyas venas corre,

*el jugo de las viñas de Alicante
que crían la sangre como el fuego...*

no apartaba los ardientes y negrísimo ojos del cabito. Le hallaba seductor con sus re-

Isabel se hincó de rodillas delante de mi llorando y rogándome que perdonásemos á su novio, creo que van á casarse. Por mi parte, yo le he perdonado, no seas tú menos generoso; perdónale también.

El esposo se dejó convencer.

Lo raro es que, cuatro días después, y alegando un fútil pretexto, Margarita despidió á Isabel. D. Anselmo se alegró.

—Hiciste bien—dijo—era una desvergonzada.

¡Pobre D. Anselmo! El ignora que, aunque Isabel ya no está allí, el dichoso Fermín sigue penetrando en su casa casi todas las noches...

Julio Mata.



LOS ENEMIGOS DEL AMOR

EL CELIBATO

No hay que definirlo. Todos los egoístas saben lo que es. En una sociedad como la nuestra organizada de tal modo que el hombre acapara los medios de producción y de riqueza, mantenerse célibe es grandísimo egoísmo en el varón.

El celibato aumenta considerablemente en nuestra clase media, sobre todo en las grandes capitales. No hay estado más inmoral. Si la colectividad social tuviera sentido común, el estado del celibato sería tan menospreciado como el de la prostitución en la mujer. En Suiza se ha intentado ya

lograr del Estado que no admita sino empleados y obreros casados y estimular á las grandes empresas á que secunden esta iniciativa.

Al derecho al celibato, que no puede tener más fundamento que una falsa idea de la libertad individual, hay que oponer, como hacen algunos filósofos y sociólogos contemporáneos, el deber de tener hijos, de dar ciudadanos á la patria, obreros al progreso y propagadores á la especie.

Además, el celibato es el mayor enemigo del amor si se considera prácticamente; no se goza «á gusto».

LA "TOILETTE"



Et.—Eres insaciable chiquilla... ¿Más polvos todavía?

cios hombros de buen macho, su actitud respetuosa su perfil aguileño, su bigotillo rizado bajo el cual blanqueaban dos filas de dientes pequeños y voraces.

Fermín se marchó.

A la mañana siguiente, tras una noche de insomnio, Margarita enlazó sus brazos mórvidos, cariciosos y suaves como el musgo al cuello de D. Anselmo.

—¿Vas á presentar alguna queja contra ese muchacho?—preguntó.

—En cuanto me levante.

Ella repuso indulgente y mimosa:

—No, no lo hagas, te lo suplico. Anoche

NUESTRAS COCOTAS

ADELINA ORTIZ

MORENAZA, fuerte, alegre, dicharachera, Adelina Ortiz es una chiquilla encantadora...

Dos horas de charloteo y de risa en la intimidad de su casita, linda y pequeñina, un nidito que «todos no visitan», según me asegura, y aún al dejarla me ha parecido que lo hacía demasiado pronto...

Adelina—ella lo cuenta sin vergüenza—no procede de la clase alta. No es hija de un marqués, ni de un diputado, ni de un abogado. No. Es de un pueblecito chiquitín de la provincia de Toledo, junto á Talavera, y su padre es un modestísimo albañil y ella vino á Madrid á ser criada de servicio.

—Yo era doncella entonces—cuenta Adelina, poniendo unos ojos muy graciosos y muy picarescos—; pero en la casa en que prestaba mis servicios había un señorito muy joven y muy guapo, con un bigotito rubio muy lindo, y empezó á trastearme... Y yo fui débil y le di gusto, dejando de ser doncella para irme á vivir á un pisito que me brindaba.

Luego, el idilio se acabó muy pronto, y yo no quise volver á servir. No faltó quien me protegiera... y ya me ves.

Contestando á una interrupción mía, Adelina siguió:

—No, no; yo comprometerme y ser de uno, no. Quiero libertad, hacer lo que me da la gana, lo que me pida mi juventud.

Y estoy mejor así. Mira, el verano pasado, un señor muy conocido, porque es político, me invitó á que le acompañase en un viaje que iba á hacer por el extranjero. Yo acepté. Y nos fuimos y nos pasamos tres meses corriendo por ahí, viendo una infinidad de cosas, que yo ni imaginaba. Después, cuando volvimos, él se fué por su lado, y yo á mi casa, otra vez á ser libre, tan ricamente...

Es culta, sin haber estudiado; es educada, sin que nadie la dedicase nunca un poco de cuidado; es buena, sin que á su corazón se preocupase nadie de prepararle...

Eleuteria, «su mamá», que vive con ella, me ha contado rasgos suyos admirables: no puede ver junto á sí un dolor, una miseria.

Todo lo da, á todos intenta socorrer...



ADELINA ORTIZ

Elogiando yo estas cualidades la otra tarde, ella me decía, poniéndose muy triste y muy seria:

—Es que «nosotras» somos así; no tiene importancia, chiquillo.

Es ideal, verdaderamente, esta chiquilla

J. C.

EL AMA

(CUENTO)

Dió á luz su séptimo hijo la esposa de Juan Valcorbos, oficial quinto de Hacienda, y tuvo un parto horroroso.

Después, el médico expuso el caso á Juan de este modo:

—Ya está salvada su esposa, que, amigo mío, no es poco; pero para una completa curación digo en redondo que es preciso que no críe su señora al nuevoorro.

Si lo cría, se le muere la señora en plazo corto.

Si no lo cría, se cura, ¡y al año que viene, otro!

Un ama, pues, en seguida y... adiós, que yo aquí ya estorbo.

—Pero, doctor—, exclamó atajándole Valcorbos— si tengo seis y no gano más que para comer poco y mal, ¿cómo quiere usted que busque un ama?

—No impongo

—dijo el doctor—; aconsejo.

Y se marchó. El pobre esposo se quedó de igual manera que nos quedamos nosotros con aquello de que Maura y Ciega venfan: ¡loco!

Pero querfa á su esposa entrañablemente y pronto decidió. Vendría un ama y luego... ¡Dios sobre todo!

A los dos días entraba en la casa de Valcorbos

una polleja guapota, como de unos dieciocho años, y empezó el ajuste.

—Dígame usted un precio módico.

—Yo soy muy considerada: me ha encantado el nene y pongu por la lactancia ocho durus al mes. (Un gesto de asombro en el «quinto»), tres vestidos al año con requiliorius bien bunitus... Los pendientes con pesetiñas de Alfonsu, un collar con pesetiñas también, y en cuanto á lo otro, al comer, vamos, ¿comprende? por la mañana bizcochus con chocolate y su leche, á media mañana un poco de jerez y unas galletas; pa el almuerzo muchu y sólidu, porque, mire, señoritu, no sabe usted lo que comu, y á media tarde merienda, y á la noche cena en gurdu. y allá, por la mañanada, más leche con más bizcochus.

—Bueno, está bien—, dijo el «quinto» á quien le cafa un chorro de sudor por cada pelo— pero ahora yo le propongo una cosa: que á mí nadie me gana á ser generoso.

Usted se queda aquí de ama; yo le doy los veintiocho duros que gano mensuales el uno encima del otro, y durante el mes, ya sabe, ¡nos da de mamar á todos!

Emilio Gabás

BOB. REP. DE EL LIBERAD

LA HOJA DE PARRA

• REVISTA FESTIVA •

APARECE LOS SÁBADOS

Colaboración inédita de los más ilustres escritores y dibujantes!

NÚMERO SUELTO, CINCO CÉNTIMOS.

Oficinas:
MÉNDEZ ALVARO, 2, PRIMERO

Apartado de Correos número 547
MADRID

En Valencia: VICENTE PASTOR, Victoria, 11.

En Barcelona: NARCISO ESPAÑA, Kiosco EL SOL.